



La conversación pública y sobre lo público requiere de mínimos que la hagan posible y viable. Hoy estamos frente al abismo de la fractura total.

Una suástica es una suástica

¿Por qué hasta ahora?
 ¿Por qué no ante otros agravios provenientes de tantos lados?

En un país como el nuestro, con una conversación pública tan fracturada, llamó la atención a cierta comentocracia que personas de muy distintas posiciones dentro del espectro político firmáramos de manera conjunta un desplegado para señalar que con la portada de la revista *Siempre!*, en la que se muestra la silueta de Claudia Sheinbaum con una especie de corona de suásticas y referencias a los exterminadores de México como los SS de la 4T, se estaba cruzando una línea inadmisibles para los tiempos que vivimos. Además del desplegado, hubo en redes sociales también un sinfín de reacciones críticas a esta portada de parte de actores públicos abiertamente opuestos al gobierno de López Obrador, por lo que la directora de la revista terminó medio disculpándose con la comunidad judía y luego justificando en entrevistas que lo único que buscaba era advertir de los “peligros inminentes” de cara a las próximas elecciones.

No me detengo más en la portada en cuestión, ésta cae por su propio peso. Pero sí me parece importante recoger algunas reflexiones sobre la salud y la posibilidad de nuestra conversación pública a partir de lo sucedido. Y reiterar por qué una suástica... siempre debería de seguir siendo la suástica infame del siglo XX, sin matices ni maromas que la quieran resignificar a la luz de irresponsables escándalos de ocasión.

“Necesitamos dignificar las palabras o al menos, con modestia, discutir su significado para evitar que cada una

de ellas abandone para siempre lo que alguna vez quisieron decir y se vuelvan en contra de sí mismas o, peor aún, que se conviertan en arma arrojadiza de unos contra otros”, escribe Mauricio Merino en su libro *Gato por Liebre*. Y sí, es cierto que en México tenemos a un polarizador en jefe, el presidente de la República, pero eso no quita responsabilidad a la decisión individual o colectiva de tantos de participar en la espiral de contenidos envenenados con la que se busca a cada minuto aniquilar a los otros, a los de enfrente, a los que se atreven a pensar diferente. Desde Palacio Nacional se vierte la peor de las hieles. Pero desde las plazas públicas físicas o virtuales, muchos se suman al regodeo en la miseria verbal con tal de avanzar agendas tan excluyentes y agresivas como las que se espetan a diario desde el principal micrófono del país.

¿Por qué hasta ahora?, preguntaron varios al ver un desplegado firmado por voces tan disímolas. ¿Por qué no la reacción pública antes, ante tantos agravios también desde las esferas del poder? Y son preguntas válidas. Respondería que sí ha habido reacciones anteriores, aunque tal vez menos articuladas a partir de las diferencias. Pero que, ahora y sin duda, a muchos nos movió la urgencia de advertir que éste es un momento crucial para alertar que frente al proceso electoral que viene y

ante las definiciones esenciales que tendremos que asumir, es tiempo de insistir en un mínimo ético común que permita dirimir las diferencias sin la obsesión de seguir aniquilando al otro por el simple hecho de ser un otro. En épocas en que los algoritmos privilegian la estridencia

de la grieta discursiva y factual, los seres humanos deberíamos privilegiar la posibilidad del diálogo como estrategia contracultural para volvernos a mirar a los ojos.

Volvemos a mirar a los ojos.

En general soy bastante libertaria en cuanto a rangos de expresión y contenidos concierne. Siempre prefiero más que menos, libertad por encima de restricciones. No creo que los excesos expresivos deban penalizarse y sostengo que como sociedades hemos sabido negociar, con mejores o peores resultados, los límites temporales y contextuales de lo permitido. Pero sostengo también que la conversación pública y sobre lo público requiere de mínimos que la hagan posible y viable. Hoy estamos frente al abismo de la fractura total, esa que nos aleja de definiciones compartidas para la construcción del colectivo. Por eso, que algunos desde diferentes miradas políticas nos hayamos sumado en un acto de repudio específico, es una buena noticia de que todavía podemos construir nación en conjunto.

Solo hay que encontrar los territorios y las voluntades en común.

Solo hay que querer hacerlo.

